
ANOCHECER EN LLUCH-ALCARI

José Manuel Caballero Bonald

Esa fracción de vida que he perdido por ignorancia o negligencia, ¿podía haber supuesto la felicidad? Y ese libro en rigor nunca leído, ¿qué me ha negado? Derivan las sospechas hacia el turbio confín de la restinga y busco el rumbo aquel tan libertario donde cada respuesta irradia un nuevo cerco de preguntas. Taciturna gestión de las balizas que me avisan

ya tarde del peligro: sólo podrá escapar quien logre ir acogiéndose a una platónica ignorancia. Al borde de la cala, por la mar de Deyà, brota la flor versátil de la anfetamina. Qué palabra inhumana la palabra certeza: lo que aún desconozco constituye el único argumento de esta historia. Amaina la resaca igual que la demencia, mientras inútilmente me rehúye

el falso instigador de la sabiduría tratando de impedir que lo desemmascare. Mi oficio es esa forma de imponerle al recuerdo una distinta ambigüedad, ese soberbio modo de hacer más seductora una experiencia que habrá quien considere deleznable: cuanto aquí dejo escrito legítima eso otro que nunca escribiré.

PREGUNTAS

Jaime de Armiñán

¿De dónde salen los personajes o incluso las historias que uno se inventa? Me lo han preguntado muchas veces y siempre respondo lo mismo: del entorno en que nos movemos, de una noticia en los periódicos, de una relación de ideas, de una obra ya escrita y en casos raros, de la propia inspiración.

Yo recuerdo un famoso disgusto entre dos grandes —e imaginativos— dramaturgos españoles. Uno de ellos había descubierto a Pitigrilli y por supuesto bebido en sus fuentes. El otro lo descubrió a su vez y bebió también. La batalla se entabló porque el primero reprochó al segundo que hubiera copiado lo que él copió antes. También sé de otro autor teatral, muy aficionado a hacer comedias policíacas, que se hartaba de leer a Simenón y se fijaba especialmente

en las novelas del comisario Maigret. Muchos argumentos salieron de la pluma del inocente belga. Nuestro autor utilizaba parte de la trama, la ambientaba, por ejemplo en Zamora y la salpicaba de chistes y de situaciones propias.

No se crea que estoy haciendo un reproche a nuestros autores, sino todo lo contrario. En el Siglo de Oro y no mucho antes, los más ilustres escritores se copiaban, sin el menor rebozo, unos a otros. Y los llamados clásicos no digamos. Incluso ponían el mismo título a tragedias, novelas o comedias. Tenían la coartada de la falta de información, pero en cambio no tenían la ventaja del exceso de información. A mí siempre me ha dado mucha pena leer una mala novela con un jugoso argumento o ver una película horro-

rosa malgastando una idea excelente. Pienso entonces: ¿por qué no copiará Delibes esa novela? O ¿por qué no le encargan a Azcona un guión con esa idea y lo rueda Mario Camus? Estamos desperdiciando, a veces materiales excelentes y aun sublimes.

Yo, hijo de mi tiempo y en el fondo moralista, no me atrevo a copiar, pero la naturaleza es sabia y me ayuda: mi memoria es muy flaca y, de cuando en cuando, se me ocurren maravillosas ideas, que ya se les habían ocurrido a los persas.

Lo dijo Proudhon: «la propiedad es un robo». En la Sociedad de Autores hay un letrero o aviso a los navegantes: «sólo el canto del gallo no paga derechos de autor». Y yo me pregunto: ¿qué nos ha hecho el gallo, para que le discriminemos así?